

AMOR POR LA CIUDAD

Alfredo Flores Pérez
Tecnología y Producción

LAS CIUDADES son parte del devenir de la humanidad, pero como las conocemos en la actualidad son un fenómeno desconocido. Las megaciudades son algo completamente nuevo y aún más: son constante novedad. Nunca en la historia de la humanidad se ha vivido en tales aglomeraciones como ahora. Las ciudades son enormes y esto parece que no se detendrá. La Ciudad de México se ostenta desde hace mucho como una de las ciudades más grandes del mundo. Somos, de alguna manera, el futuro. A diferencia de lo que muchos pueden pensar, esto puede ser toda una aventura para mejorar. Como lo proclama la portada de la revista *National Geographic* de diciembre de 2011, todo parece indicar que las grandes ciudades son la mejor opción para el planeta.

Sí, créenlo por favor. Es la mejor forma de vivir en el siglo XXI. A algunos les puede parecer una locura y más con todos los problemas que a diario cada uno enfrenta. No haré la interminable lista que ya ustedes seguro están haciendo. En realidad todo está por hacerse. Como diseñadores son aún mayores las posibilidades que existen en este tipo de ciudades. El futuro está abierto para crearlo nuevamente, para pensarlo y repensarlo.

Si bien el crecimiento acelerado de las ciudades en el siglo xx creó un gran temor por el gran impacto que provocó, ahora que el fenómeno es cada vez más común esta visión está cambiando en el nuevo siglo. Si vemos la lista de las ciudades más grandes del mundo, se puede observar que las cuatro primeras son ciudades asiáticas: Tokio, Cantón, Seúl, Shanghai. Éstas se encuentran en países que se han desarrollado de una manera impresionante. En el artículo "La solución urbana", que aparece en la misma revista, se dice que: "las ciudades densas parecen ser cada vez más la solución: la mejor esperanza para sacar a la gente de la pobreza sin arruinar el planeta" (Kunzig, 2011, pp. 64-85). Suena demasiado optimista, pero no lo es para el tamaño del reto que tenemos como humanidad. Más adelante se comenta que el economista Edward Glaeser, al presentar su libro *El triunfo de las ciudades*, explicó: "No existe un país urbanizado pobre; no existe un país rural rico".

Algunos pueden pensar: sí, pero a qué costo. Esto puede ser cierto, pero no del todo. También es posible que nuestras viejas ciudades necesiten un rediseño para optimizar los recursos. Como dije hace un momento, el diseño tiene todo por hacer en estas nuevas ciudades. Los recursos pueden optimizarse mejor en un área mucho más compacta en lugar de expandirse y expandirse. Nos falta quizá un poco más de amor por esta ciudad, un amor que nos permita aprehenderla y llevarla a las mejores condiciones que potencialmente ya tiene.

En la antigua Roma ser un habitante de la ciudad era ser algo muy especial. Los emperadores la dotaron de una infraestructura única y que proporcionaba comodidades que no existían en su momento en otros lugares; por ejemplo, la posibilidad de tener agua a su disposición de manera casi inmediata. Esto daba a sus pobladores un orgullo especial al vivir en ella. Eso falta un poco ahora. Falta pensarla como ese lugar único en el que nosotros, sus habitantes, podemos crecer y lo hacemos, formando una nueva sociedad, proyectada hacia un futuro más esperanzador.

Para amar a la ciudad, hay que tener en claro la necesidad de pensar en el espacio de una manera diferente. De hecho valorar el espacio de la manera tradicional ya no es lo más importante: ahora es que la ciudad sea el centro del conocimiento, de las ideas. Robert Kunzig (2011) dice que: "históricamente, las ciudades se construían junto a ríos o en puertos naturales para facilitar el flujo de bienes. Pero en estos tiempos, debido a que los costos por envío han disminuido y las industrias de servicios se han incrementado, lo que más cuenta es el flujo de ideas"; y remata más adelante con una frase de Glaeser al explicar que los habitantes valoran el conocimiento más que el espacio, de eso se trata la ciudad moderna.

Las nuevas ciudades: ciudades de ideas. Esto suena verdaderamente emocionante. Me recordó lo que Fernando Pessoa (1999, p. 133) escribe acerca de la ciudad en su *Libro del desasosiego*:

El despertar de una ciudad, sea entre niebla o de otro modo, es siempre para mí algo más enternecedor que el rayar de la aurora en los campos. Renace mucho más, hay mucho más que esperar, cuando, en vez de sólo dorar, primero de luz oscura, después de luz húmeda, más tarde de oro claro, los céspedes, los relieves de los arbustos, las palmas de las manos de las hojas, el sol multiplica sus posibles efectos en las ventanas, en las paredes, en los tejados (...) Una aurora en el campo me hace bien; una aurora en la ciudad, bien y mal, y por eso me hace más que bien. Sí, porque la esperanza /mayor/ que me trae tiene, como todas las esperanzas, ese amargor lejano y añorante de no ser realidad. La mañana del campo existe; la mañana en la ciudad promete. Una hace vivir; la otra hace pensar.

Una ciudad de ideas, del pensar. Ciudad del conocimiento. Me parece una buena idea para mirar nuevamente a esta gran ciudad, para amarla un poco más. ♦

1. *National Geographic*, [en español], (2011), vol. 29, núm. 6, diciembre, 2011.
2. Kunzig, Robert (2011), "La solución urbana", en *National Geographic*, [en español], (2011), vol. 29, núm. 6, diciembre, 2011.
3. Pessoa, Fernando (1999), *Libro del desasosiego*, Madrid, Seix Barral, 1999, p. 133.